

TALLER DE INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA DE AFINA

Bajo Sitio, Amira Hass (periodista judía habitante de Gaza)

(...) La mayor parte de los israelíes sigue pensando que el acordonamiento de la franja de Gaza –en realidad el encierro total de la población–, es la única respuesta al terror y el mejor medio para prevenirlo, la única manera de evitar autobuses volados por los aires. Para muchos, los acuerdos de Oslo [1994] evocan sólo los sangrientos y horribles sucesos que Israel ha experimentado con tal amenazante regularidad. Pero lo que llegó como una solución para los israelíes, se ha convertido en un castigo para los palestinos. Para los habitantes de Gaza, el cerco resulta una provocación a la rabia que produce los ataques suicidas y perpetúa las circunstancias que, hasta un punto, los explican. En Gaza, “Oslo” y el proceso de paz, son ahora sinónimos de reclusión masiva y constricción sofocante. Es imposible entender los desarrollos en Gaza desde el principio del auto control palestino en 1994 sin considerar las amalgamadas ramificaciones diarias que supone el mantener la franja cerrada.

Desde 1991, pero con periodos más alargados desde 1994, alrededor de un millón de personas han sido confinadas a las 147 millas cuadradas de la franja. El 20 por ciento de esa tierra está restringida para el uso de asentamientos judíos, y prohibida para los palestinos. Para muchos de los habitantes de Gaza, la mayoría del tiempo no hay salida, ni a Israel, ni a Egipto, ni a Cisjordania.

“Puedes conseguir un permiso si estás a punto de morir,” dicen los “gaceños” medio sonriendo. Según la Oficina de Coordinación y Conexión Israelí (CLO), la encarnación de la administración civil tras “Oslo,” responsable de dar tales permisos, hay varias categorías de personas que piden la entrada en Israel, al menos cuando los controles están abiertos: personas con trabajo permanente en Israel, camioneros exportando o importando (sólo con acompañamiento militar israelí), hombres de negocios, enfermos, aquéllos con permisos especiales (visitando a un enfermo o para coger un avión) y altos rangos del ejército y la policía militar.

En junio de 1996, se permitió que dejaran la franja diariamente a unos 17.000 trabajadores, 300 camiones de un total de 2.000; de 30 a 40 taxis de un total de 1.600; 28 hombres de negocios y entre 10 y 20 personas que iban a ver a sus familiares enfermos. No hay datos de antes de 1991 porque no eran necesarios permisos y la gente de Gaza se movía libremente entre la franja, Israel y Cisjordania. Sin embargo, estimaciones conservadoras ponen la cifra de personas trabajando en Israel antes de 1991 en 80.000.

“Solía soñar en un estado,” me dijo un cámara palestino. “Ahora sueño en si podré llegar al otro lado del control de Erez.” El artículo 4 de la declaración de los Principios del Estado dice claramente que: “ambas partes consideran Cisjordania y la franja de Gaza como una unidad territorial cuya integridad geográfica será preservada durante el periodo interino.” Sin embargo, la franja ha sido cortada de Cisjordania desde que se firmaron los acuerdos. Para mejorar el principio territorial de integridad, el acuerdo del Cairo, firmado en mayo de 1994, confirmaba que un “pasaje de seguridad” conectaría a la franja con el territorio bajo control exclusivo palestino en Cisjordania. Hasta hoy, las negociaciones sobre el “pasaje seguro”, quién lo controlará y quién será permitido a usarlo han caído en saco roto. Los palestinos que deben alcanzar Cisjordania han viajado, en algunos casos, a Jordán a través de Egipto, dónde se cruza el puente de Allenby, todo porque no pudieron conseguir un permiso para hacer el viaje de dos horas a través de Israel.

Uno no puede dejar Gaza en un momento dado para ir a ver a amigos en Ramallah, estar al tanto de un negocio en el este de Jerusalén (la capital cultural, comercial y religiosa de Palestina) o ver a su familia. Incluso en el raro caso de concederse un permiso, nunca incluye el pasar la noche. No hay mucho sentido en viajar varias horas hasta un control para luego tener que volverse a casa, de todas formas muy pocos pueden costearlo. Estas restricciones no sólo se imponen tras un ataque terrorista, están en vigor todo el tiempo.

(...) Un doctor de Gaza, por ejemplo, no pudo conseguir un permiso para acompañar al hospital de Tel Aviv a su madre que estaba a punto de morir; y se murió sola. El hermano del doctor, un escritor palestino, no pudo dejar Cisjordania para atender a su funeral. Un periodista palestino invitado a enseñar un curso en EE.UU. no pudo recoger a su invitado en la embajada americana de Tel Aviv. Un hombre del campo de refugiados de Meghazi se prometió con una mujer del campamento de Jelazum en Cisjordania y no pudo visitarla durante cinco meses. Otro hombre, cuya prometida estaba en Jordán, no consiguió un permiso por razones de seguridad. Una mujer no pudo ir a Londres a defender su tesis doctoral, incluso aunque su marido era director general de un ministerio palestino. Un grupo de físicos empleados por el ministerio palestino de Salud no pudieron atender a una conferencia en Ramallah. Una pareja bajo tratamiento de fertilidad recibió un permiso para un día, para la mujer sola.

Algunas categorías de personas también están restringidas. Raramente se dan permisos a hombres por debajo de los cuarenta; y a los solteros tampoco se les deja salir. Muchos de los estudiantes de Cisjordania han perdido hasta tres años de sus carreras. (...) Y los que se saltaron los permisos y finalmente volvieron a casa por vacaciones no recibieron nuevos

permisos para volver a estudiar. (...) En la mayoría de los casos se dan excusas de seguridad, y en la mayoría de los casos estas excusas no tienen sentido.

“¿Qué es lo que se quiere? En realidad, vamos progresando,” decía un activista de Fatha a un grupo de enfadados habitantes de Gaza. El hombre había estado en la prisión de Ketziot, el campo de detección masivo en el desierto de Negev, también conocido como Ansar. (...) “En Ketziote sólo estábamos nosotros, los hombres, aquí al menos estamos con nuestros hijos, esposas y padres.... Y está bien que las carreteras estén en tal mal estado, lleva una hora cruzar la franja y no te das cuenta de lo pequeña que es. Si conduces a 25 kilómetros por hora, puedes pretender que vas a hacer un largo viaje.”

Desde que Gaza pasó a control palestino en 1994, [para que un habitante de Gaza salga de la franja tiene que]: primero, pedir por escrito una petición al adecuado ministerio palestino: [por ejemplo] alguien que quiere tratamiento médico, al ministerio de Salud. (...) Se puede pedir un permiso de un día, de varios días o de varias semanas para entrar en Israel o Cisjordania, entrar en Egipto a través de Rafah, o Jordán vía el puente de Allenby.

Segundo, los oficiales palestinos pasan las peticiones de salida a la Palestinian Civilian Liaison Comité (CLO), dirigida por israelíes, tanto militares como civiles. Algunos de ellos han trabajado allí durante los últimos cinco, diez o veinte años. Desde 1994 lo único que ha cambiado son sus títulos. Cualquiera que necesite salir de la franja tiene que llevar una tarjeta magnética, que es la única documentación que los palestinos deben presentar a las autoridades israelíes sin ningún tipo de mediación palestina.

Tercero, los oficiales del CLO evalúan las solicitudes. Los permisos de salida se dan generalmente a personas enfermas en el mismo día. En casos de emergencia excepcional los permisos pueden darse incluso por teléfono o fax. Muchas peticiones se niegan; otras llegan tarde (...). A lo largo de los años, muchos “gazeños” se han hecho a la idea de que simplemente no pueden dejar la franja. Ni siquiera ponen a prueba el sistema demandando el básico derecho humano de libertad de movimiento [en tu propio país].

Cuando Israel impone su medida más extrema, cerrar Gaza “herméticamente,” todos los permisos de salida son automáticamente cancelados. La palabra “hermética” se aplica literalmente: nadie sale o entra (...) y cuando el encerramiento empieza gradualmente a desaparecer, los que poseían un permiso tienen que pedirlo otra vez.

El rumor de que yo, una israelí, podía ayudar, se extendió rápidamente por la franja. (...) El día típico trae consigo un montón de peticiones. A las ocho de la mañana, el teléfono

suenan (cuando funciona): el trabajador anónimo que quiere entender por qué no se le ha permitido pasar la noche en Jericó. Él trabaja en Jerusalén y es obligado a volver a Gaza cada noche, un viaje de tres horas. No hay autobús directo y gasta la mitad de su salario en transporte. “Tendría mucho más sentido si durmiera con familiares o amigos en Cisjordania y viniera a Gaza una vez a la semana, con más dinero.”

A las once, quizá, mi amigo Abu Basel llame: algunos trabajadores han sido negados la entrada en Israel. Han trabajado allí durante los últimos quince años. El día anterior fueron a trabajar, pero se les considera un peligro de seguridad. ¿Por qué? ¿Quién ha tomado esta decisión?

Una hora más tarde, Abu Naji, dueño de una tienda de ropa está al teléfono. (...) 25 camiones cargados con ropa, con permiso, han estado parados durante ocho horas en el control de Erez. Nadie sabe por qué.

Por la tarde puede que el doctor P., quien atendía un curso en el hospital palestino de Jerusalén del este, me llame. Se había quedado en Jerusalén para ayudar en el hospital, que había sido privado de la mayoría de sus empleados médicos y enfermeros debido al encierro. Era hora de que regresara a Gaza, pero su permiso había caducado y sabía que sería detenido en Erez por estar ilegalmente en Jerusalén. “He oído que puedes echar una mano,” me dice.

Algunas veces sí que podía aconsejar a la gente, (...) pero muy raramente podía cambiar la situación escribiendo un artículo o haciendo una petición a algún oficial. (...) Con el tiempo, me he ganado mala reputación en las oficinas del CLO. “Ayuda a esta gente y eso no está bien,” dijeron a compañeros periodistas. Incluso oí una vez que se decía que había abierto una oficina en Gaza para dispensar consejo: bastante lejos del simple hecho de aceptar llamadas de teléfono en mi apartamento alquilado. (...)

Una vez mi amiga A. llamó para que llevara unas radiografías, informes médicos y un par de pijamas a su madre en el hospital de Tel Aviv. En la urgencia de trasladarla al hospital, se habían olvidado. (...) Sólo habían conseguido un permiso para la madre y una hija, R. Al día siguiente, a las seis de la mañana, madre e hija salieron para el hospital y fueron retenidas en Erez durante 3 horas. Al final, R. perdió la calma y tras hablar con el oficial palestino que estaba allí la ambulancia pudo seguir adelante. El permiso de R. no la dejaba pasar la noche, y si violaba tal medida quizá no podría volver a tener otro permiso. Así que R. volvió a Gaza asegurada de que el estado de su madre era estable.

Al día siguiente, R. solicitó un nuevo permiso, el cual fue concedido tres días más tarde. (...) Mientas tanto, el padre de R. y su hermana habían solicitado permisos y esperaban

por ellos. El único varón tenía menos de treinta años y un sueldo bajo, así que no tenía sentido solicitar un permiso para él en este momento. (...)

Dos días más tarde volví al hospital a ver a la madre. La habían trasladado a otra habitación y la encontré conectada a varios tubos. Un grupo de doctores la rodeaba. “¿Dónde está la familia?” me preguntó un doctor. “Esta mujer no sobrevivirá hasta mañana.”

Llamé a las hijas para que pidieran permisos al CLO inmediatamente, aunque estuviera cerrado los sábados. Luego, contacté al portavoz del IDF y me pusieron con un representante del CLO, que tomó los datos de los familiares y me prometió que los permisos serían enviados al control de Erez inmediatamente. Así, se permitió la salida al padre y a una hija, pero no para pasar la noche. Aun así, el padre volvió a Gaza por la noche (todo esto en taxi, por que los coches con matrícula de Gaza tenían prohibida la salida), pero A. decidió arriesgarse y quedarse; la hermana mayor, M., que vive en Cisjordania, no tenía permiso, pero encontró la forma de “colarse por la aduana.” Ofrecí a estos “ilegales” mi apartamento en Tel Aviv, para que descansaran unas horas durante el día. Aquella noche la madre dio señales de mejora. No hay duda de que la visita de la familia la dio cierta energía.

En los siguientes días, la familia luchó por los permisos y fue y volvió en ferry desde Gaza a Tel Aviv. La hermana más mayor se quedó al lado de su madre, un enemigo infiltrado rompiendo la ley. Una semana después de entrar en el hospital, la madre entró en estado de coma y toda la familia, salvo el hijo, ignoró llanamente las regulaciones y pasó la noche con ella. Un familiar con cierta influencia en Palestina se las arregló para que les dieran permisos retroactivos, incluyendo el poder pasar la noche en Israel. Luego G. [el hijo] comenzó su odisea para dejar la franja, pero sorprendentemente consiguió una tarjeta magnética, obligatoria para un varón de su edad, sin mayor problema. Cuando llegó al control, enseñó la carta del hospital, pero se le dijo que él ya tenía un permiso —el CLO le había confundido con su padre. Cuando se aclaró el error, se le prometió un permiso para el siguiente día. Pero antes de que G. pudiera ir al hospital, su madre había muerto.

Para traer el cuerpo a Gaza, había que tener un permiso para el conductor y proveer la matrícula del vehículo municipal de Gaza que transporta a los difuntos y se le permite entrar en Israel. Se procuró un conductor, pero se le denegó el permiso para cruzar por Israel. Cuando un segundo conductor fue encontrado, habían pasado varias horas y la familia decidió no esperar más. El cuerpo se trajo a Gaza en una ambulancia israelí, para ser transferido a un vehículo municipal palestino. Cuando la ambulancia llegó a Erez, un policía palestino se acercó a los militares y les explicó las circunstancias. Un permiso especial era requerido para que las dos ambulancias se encontraran a un lado del control. El soldado llamó a sus

superiores en el CLO usando una frase que normalmente se utiliza cuando se habla de productos que cambian de camión. Al final, el permiso fue concedido, pero los familiares encontraron otros problemas para atender al funeral. Se permitió el permiso a la hermana mayor, M., que vivía en Cisjordania y necesitaba ir a Gaza, pero no al padre, nativo de Gaza pero residente en Cisjordania, por razones de seguridad. Nadia sabía a qué se estaban refiriendo. Este hombre nunca había sido arrestado y seguía viviendo en un área directamente controlada por el ejército israelí, el cual podía haberle detenido hace bastante tiempo, si es que suponía una verdadera amenaza.

De los numerosos casos que supe, sólo escribí sobre unos pocos; rápidamente, estas historias se convertían en noticias pasadas y los lectores se cansaron de ellas (...) Nadie quería leer meticulosas descripciones de los insensibles procesos burocráticos. Así que me vi en una contradicción. Tenía la esperanza de que mis artículos despertaran a la población israelí sobre lo que pasaba en la franja, pero aunque los lectores tienen el derecho a leer, no tienen la obligación de ello, y tampoco se les requiere que trasladen el conocimiento a la acción. (...) Estaba atrapada en el clásico dilema periodístico: ¿debería escribir sobre cosas que interesaban a los lectores o sobre lo que realmente estaba pasando? (...) En vez de que mi nuevo artículo sonara como una nueva campanada de aviso, se disolvía con el anterior, recibido con cierta indiferencia e incluso por aquellos más dispuestos a que les importara. (...) La paz había llegado, y los sonidos de palmaditas en la espalda ahogaron las evidencias de que el espíritu de la ocupación seguía vigente (...). Hoy en día, muchos peregrinos pacifistas alaban a palestinos y líderes del Fatah, pero ignoran las lecciones del pasado: que el malestar humano de más de un millón de personas es un mar de nitroglicerina. (...)

Mentiría si dijera que mi única preocupación era periodística. (...) Día tras día, veía a mis amigos perder su espontaneidad y su impulso, incluso su deseo de hacer algo o ir a algún sitio sin razón alguna salvo por pura diversión. Comencé a aprender algo sobre nosotros, los israelíes, que no se ve en los cafés o parques de Tel Aviv. Muchos de mis compatriotas estaban decididamente trabajando en encontrar vías para evitar que la gente no saliera de la franja, creando sofisticados argumentos de seguridad que justificaran sus acciones. Es duro no acordarse de una declaración que oí decir a Ihab al-Ashqar. "El problema con vosotros los israelíes," me dijo, "es que os pensáis que nosotros no estamos hechos de la misma forma que vosotros." (...)

Aprendí sobre lo limitado que estaba el poder palestino y como un tema como la salud reflejaba el panorama general. El legado de la dura ocupación israelí incluía un pequeño y mal financiado sistema de salud que estaba muy por debajo de los estándares del cuidado médico israelí. (...) Los pacientes de Gaza se beneficiaron claramente del alto nivel de cuidado médico recibido en Israel, pero esta práctica también supuso la perpetración de la inferioridad del sistema, dejando a los doctores de Gaza sin el mejoramiento de sus cualificaciones y conocimiento, sin el compromiso a largo plazo con los pacientes, y sin ganar la confianza de éstos. (...) Los encerramientos lisiaron tales esfuerzos.

Cuando las responsabilidades civiles y políticas fueron transferidas a los palestinos, se creó la esperanza de que la vida de las personas estuviera finalmente libre del control de un poder extranjero actuando a favor de sus propios intereses. Tal cambio (...) mejoraría el apoyo [de los palestinos] al proceso de negociación que llevaría a un acuerdo pacífico con Israel.

La realidad, sin embargo, es terriblemente decepcionante tras Oslo; en muchos sentidos los acuerdos de Oslo hicieron la vida incluso más complicada. Las instituciones y economía palestinas seguían dependiendo de Israel, que aún tenía soberanía absoluta sobre los territorios ocupados. (...) En realidad, los representantes de la Autoridad Palestina son poco más que lo que ellos definen como carteros, entregando las respuestas del CLO, que, a su vez, toma su punto de partida del gobierno israelí.

(...)

Pero la serie de atentados execrables que comenzaron después de la masacre de Baruch Goldstein en Hebrón en febrero de 1994 sombreó el resto de las consideraciones¹. Unos cuantos “gaceños” estuvieron directamente relacionados en los ataques de octubre de 1994 y enero de 1995, en un atentado posterior en el que se usaron explosivos de contrabando sacados de la franja en un camión lleno de pollos; (...)

Las medidas de seguridad se fortalecieron considerablemente en la primavera de 1995 como respuesta directa a la posibilidad de infiltración de terroristas: la franja fue rodeada con una valla eléctrica; los palestinos fueron negados el acceso a las colonias israelíes; sólo 300 camiones podían salir diariamente, (...) acompañados de escoltas militares israelíes e inspeccionados en pozos de seguridad. (...) A pesar de haber controlado la zona desde 1967, Israel no ha aprendido la lección de que la resistencia y el terror a la propia ocupación y a la forma de terror impuesto por el soberano extranjero. (...)

¹ Un colono judío, Baruch Goldstein, que había masacrado a 21 musulmanes.

Los economistas, diplomáticos y bandas militares (...) salidos de los acuerdos de Oslo usaron un lenguaje de jerga militar y comercial que oscurecía la miseria de un millón de individuos tras la valla electrificada de Gaza. Reducción de restricciones. Incremento de la cuota de trabajadores. Creación de empleo. Crecimiento. PIB positivo.

La jerga esconde la verdad. En 1996 el PIB per cápita de Gaza se había reducido en un 37 por ciento desde 1992; el PIB total había descendido el 18,5 por ciento. En seis meses el desempleo había alcanzado el 39,2 por ciento. Los afortunados “gaceños” que tenían un trabajo, sufrieron una caída en el salario real del 9,6 por ciento con respecto a 1995. Aquéllos que trabajaban en Israel perdieron el 16 por ciento de sus salarios.

[Por otro lado] entre 1992 y 1996 el gobierno laborista permitió un incremento del 50 por ciento en el número de colonos judíos en Gaza y Cisjordania, de 100.000 a 150.000 (sin contar con los asentamientos en el Este de Jerusalén). Además, con el consentimiento de Arafat, el gobierno comenzó un viejo plan que pretendía unir los agrupamientos [israelíes] de Cisjordania con Israel a través de “carreteras de paso,” enormes autopistas de asfalto que (...) han supuesto la confiscación y destrucción de miles de acres de tierra palestina. (...)

Esta red se alzó al mismo tiempo que se incrementaban las restricciones para los palestinos. Es verdad que desde 1994 la Autoridad Palestina controla más tierra, pero los bloques de asentamientos judíos y los enmendados producidos por las nuevas carreteras son un clavo en el ataúd del estado palestino, cualquiera que sea su forma. La nueva geografía implica la partición de la sociedad palestina en enclaves aislados; el tamaño de estos enclaves está todavía por determinarse, pero el movimiento conllevará el paso a través de controles dirigidos por soldados israelíes. (...)

Unos pocos más permisos de trabajo y pases para camiones se usan para demostrar el éxito de los palestinos y el buen sentido común de los israelíes. De esta forma, el equilibrio de poder en la ocupación entre regente y peticionario se ha redoblado, dejando a los palestinos incluso más dependientes. (...)

La decadencia económica también ha debilitado la imagen de la Autoridad Palestina ante sus seguidores. Una Autoridad que se ha mostrado débil en la mesa de negociaciones y, a la vez, hambrienta por mantenerse en el poder: una combinación que garantiza la sumisión y el compromiso. En diferentes circunstancias, una Autoridad más íntegra hubiera rechazado las concesiones que ya ha dado.

No hay mejor telón de fondo que el punto de control de Erez para comprender el drama *orwelliano* que se da en la franja de Gaza desde que los palestinos tomaron la autodeterminación. En un primer vistazo todo parece perfectamente normal para un punto de control, con una terminal limpia, clara e internacional, grandes carteles de bienvenida, policías en sus puestos chequeando pasaportes y un área de seguridad para mercancías a un lado. La mayoría del tráfico lleva delegaciones extranjeras que van a ver a Yassir Arafat, oficiales israelíes, diplomáticos exteriores, ministros palestinos, líderes de la Fatah y policías que van a reunirse con compañeros en Cisjordania.

Un dique alto construido con bloques de ceniza evita a estos altos mandatarios la vista de un estrecho corral donde en días normales de encerramiento unos 20.000 hombres afortunados con permisos de salida revuelven el polvo en su camino al trabajo hacia Israel. Lo que ven, en cambio, es una línea larga de camiones anclados sobre las fosas de inspección, esperando la señal para salir hacia Israel y recoger productos o materiales sin manufacturar o repartir el producto palestino. Hay, al parecer, una rápida e incesante fluctuación de productos y gente de un lado al otro.

Puede que los visitantes que ven el bullicio no se den cuenta de que las legiones de camiones y las hordas de trabajadores representan 27 años de comandancia militar directa y estancamiento económico, durante los cuales Israel y sus productos han llegado a ser la línea vitalicia de la franja. Puede que no entiendan que, incluso ahora, Israel controla hasta el más mínimo detalle las clases de productos que se pasan, las cantidades, los destinos y la frecuencia, quien saldrá y quien llegará, y cuantas horas desperdiciarán para hacerlo. (...)

El más doloroso y simbólico ejemplo de la separación se presenta cuando los 1.300 estudiantes de Gaza matriculados en universidades de Cisjordania no pueden atender a clase. La continua interrupción de sus clases comenzó en 1991, cuando Israel retiró el permiso de salida general que permitía a los palestinos residentes moverse libremente. (...)

Instituciones académicas cisjordanas ya no aceptan estudiantes de Gaza por su irregular asistencia. (...) Los estudiantes representan un pequeño grupo en comparación con los millones que sufren los efectos de la separación, pero el trato que reciben es significativo en el futuro de la sociedad palestina y emblemático en el marco de la realidad posterior a los acuerdos de Oslo: la libertad de los estudiantes para la elección, tan vital para el desarrollo intelectual y profesional de la comunidad (...)

Para 1990, el objetivo israelí de la separación demográfica ya había sido claramente articulado. (...) El bombardeo de campos de refugiados (como en el Líbano) o las deportaciones masivas estaban fuera de toda cuestión. La proximidad física de las dos comunidades y la inevitable condena de la comunidad internacional que acababa de pasar por la Guerra Fría descartó esta acción brutal y encubierta. En cambio, Israel concibió una política administrativa para salir del callejón sin salida, llevada a cabo bajo el nombre de “medidas de seguridad.”

En 1970, al abrirse el mercado laboral de Israel a los territorios ocupados se intentó debilitar el nacionalismo palestino y apurar la separación; en 1990, el corte de la fuente de trabajo supuso un medio para anular la intención de independencia. Para los israelíes, la consecuencia inmediata de la separación demográfica fue que los palestinos desaparecieron de sus calles, por lo que se incrementó el miedo a ver palestinos simplemente “deambulando por ahí”, según un oficial del CLO (Palestinian Civilian Liaison Comité).